

ciera cuenta de él, como si nunca hubi ra existido, y que la luz jamas pudiera alumbrarlo. *Cúbranlo, dijo, las tinieblas y la sombra helada de la muerte; envuélvalo la negra oscuridad y sepúltese en un mar de amargura. Un tenebroso torbellino posea aquella noche, y desaparezca de modo que no se numere ni entre los días del año, ni entre los meses. Sea ella triste y solitaria, y ninguno se atreva á encomiarla. Escécrenla todos y oscurezcanse las estrellas que debieran iluminarla: espere la luz y no la vea, ni el crepúsculo de la naciente aurora. Sobrevéngala todos estos males, exclamó el patriarca, porque no cerró el vientre que me llevaba ni evitó mis desgracias. ¿Por qué no me crió en el seno de mi madre? ¿Por qué no perecí en el momento en que salí de él? ¿Para qué me acogió en su regazo la que me recibió al nacer? ¿Para qué me alimentó con sus pechos? ¿Si me hubiera abandonado, ahora estaria durmiendo en el silencio de la muerte y descansaria en mi propio sueño. ¿Por qué se dió la luz á un desdichado y vida al que solo siente aflixiones de espíritu, al que ha perdido el camino, y se halla como encerrado en un recinto para no escapar de la pena y del dolor.*

¿Y cuál es el motivo de la expresion horrorosa y sublime de un sentimiento patético y profundo? ¡Ah! sobre las arenas ardientes del desierto y bajo la palma solitaria, meditaba este hombre la ruina de sus camellos y ganados, la muerte de sus sirvientes y de sus hijos, los insultos de su esposa enfurecida, la infidelidad de sus mejores amigos, las úlceras que lo cubrian desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, y la indignacion omnipotente del Ser Supremo. Arro- jando despues una lánguida mirada á la especie humana, advierte por lo que él mismo sufre, que *el hombre nacido de muger vive poco tiempo sobre la tierra y que está repleto de miserias. Nace como una flor que es arrancada y hollada apenas brota. El pasa, sin fijarse, como una sombra fugitiva.*

¿Por qué, preguntaréis, conciudadanos, viene el orador del pueblo, en el dia del júbilo nacional, á turbar la paz del semblante y la alegría del corazon con el grito lastimero de un habitante de la Arabia, que probó cuanto puede la cólera del

CAPITULO XXV.

Habiendo figurado de una manera muy notable el Sr. Tornel, tanto por el participio que tuvo en la política, como por los elevados puestos que ocupó, me reservo presentar al lector la biografia de este distinguido mexicano en mi obra histórica, titulada: «México en el Siglo XIX.»

DISCURSO

QUE PRONUNCIÓ EL EXMO. SR. GENERAL D. JOSE MARÍA TORNEL Y MENDIVIL, INDIVIDUO DEL SUPREMO PODER CONSERVADOR, EN LA ALAMEDA DE LA CIUDAD DE MEXICO, EN EL DIA DEL SOLEMNE ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.—16 DE SETIEMBRE DE 1840.

Mas de tres mil años ha, que un pastor de la Idumea llamado Job, *varon sencillo, recto de corazon y temeroso de Dios*, maldijo, *igualando sus lamentaciones con sus dolores*, el dia de su nacimiento, y aquella noche en que se anunció la concepcion de un hombre. Fué su deseo que aquel dia se convirtiera en tinieblas: que Dios desde lo alto del cielo no hi

Señor? Yo os respondo, mexicanos, con el llanto y tristeza de mis ojos. Reflexionad cuál es la suerte de la patria que comenzó á existir en el 16 de Septiembre de 1810; y os faltará pecho para sentir y capacidad para comprender en guarismo la suma de nuestras desventuras.

Las naciones viven, padecen y tambien mueren: algunas han desaparecido como el árbol que arrancado de cuajo por el rayo, es arrebatado despues por el torrente y la tempestad. Algunos pueblos no se envanecen ni aun con la gloria y magnificencia de las ruinas; otros, abandonan al parecer, unas columnas rotas, una pirámide, un sepulcro, para que el viajero contemplativo pueda referir que descubrió la poderosa huella de génios y naciones, cuya memoria se ha perdido en la noche de los tiempos. ¿Dónde están los imperios de los Asyrios y de los Medos? ¿Dónde el reino de Belo y el de Tyro? ¿Dónde las orgullosas repúblicas de Esparta y Atenas? ¿Dónde aquella Roma, señora del mundo, dominada y saqueada despues por los bárbaros del Norte? Mas Roma se consuela al considerar, que por milagro de la religion, se plantó la Cruz en el Capitolio, y que el anciano pontífice, si no domina, al menos bendice desde allí á todos los pueblos de la tierra. No tan afortunadas las naciones antiguas del continente americano, conservan solamente sus restos para llorar á la sombra de lozanos ahuehuetes, la destruccion de sus soberbios teocalis y de las huacas, que recogieron el polvo de sus mayores.

La nacion mexicana, mutilada y enfermiza, vive todavía; pero su vida es un suplicio, porque se le esconde hasta la esperanza de felicidad. Aquí recuerdo treinta años de padecimientos continuos, treinta años en que hemos navegado por un mar de lágrimas y de sangre, sin acercarnos jamás al puerto. Los pilotos han perecido, conduciendo la quebrada nave, entre vientos, escollos y borrascas. Hidalgo y Allende sellaron con la muerte de los héroes su solemne juramento. Suscedióles Morelos, en nonbre y fama, y herido en lucha mortal con la tiranía, cayó como el robusto encino que conmueve y estremece la tierra. El ángel del Señor suscitó á Iturbide y le condujo como por la mano, para que fuera el

instrumento de la Providencia, en el dia de salud y redencion. Mas, ¡oh desgracia para siempre lamentable! ¡El conquistador glorioso de la independecia de su patria, es abatido y asesinado por sus propios libertos, por los que le eran deudores del envilecido título de ciudadanos! La mas baja ingratitud, no permitió que se concediera la vida, el último y el menos considerado de los derechos del hombre, al creador y capitan de este grande pueblo. Considerado Iturbide, como héroe y como génio, marchaba como los astros de primera magnitud, eclipsando á sus satélites. Sordos los mexicanos al grito del reconocimiento, vieron perecer, sin ruborizarse, al valiente soldado que separó un mundo de otro mundo, y le dió ecsistencia, libertad y honor. Era Iturbide, reflexivo y profundo, prudente y sublime; era singular en sus designios, feliz en sus combinaciones y recursos: como superaba todos los obstaculos, nada le admiraba ni le sorprendia: firme é inflexible en sus resoluciones, despreciaba los peligros. A tal empresa, tal caudillo. Dios escoge entre los nacidos, á los predestinados para manifestar su imperiosa voluntad: esta celestial confianza, no mas á Iturbide se dispensó, y no menoscavará el tamaño de su gloria el suplicio mas injusto que presenciaron los siglos. ¿Y podré, sin escándalo, derramar algunas marchitas flores sobre el temprano sepulcro del ilustre general Vicente Guerrero? Sí: la posteridad comenzó para él, y la posteridad no se contagia, ni por los intereses, ni por las pasiones, de una época luctuosa y malhadada.

David pecó contra Dios, y su cólera descargó sobre el inocente pueblo judaico. Este padecer sin medida, estos tormentos, esta agonía nacional, ¿serán acaso el castigo severo del Altísimo por las desapiadadas ejecuciones de Padilla y de Cuilapan? Los juicios de Dios son inescrutables: apuramos quizá hasta las heses del caliz de la amargura, porque hemos correspondido al mayor servicio que puede un mortal prestar á su patria, con el mayor de los males concebible, *la muerte y la infamia*. ¡Inútiles lamentos! La ternura póstuma, es una reparacion demasiado estéril.

Vacilantes é inciertos han sido los pasos de la nacion des-

de el albor de su existencia política. Hemos ensayado todas las formas de gobierno, desde la monarquía absoluta con su brillante pompa, hasta la república federada con sus escaseces peligrosas. En la adopción de las leyes, se han contrariado tenazmente, hábitos y costumbres, cuyas raíces son fuertes y antiguas; y sin preparar antes el campo, hemos sembrado plantas escóticas que murieron al nacer. Conservando la vieja legislación de nuestros mayores, la hemos desfigurado con extravagantes apéndices, que han alterado el plan, sin mejorarlo. El movimiento general de los espíritus, impreso por la consecuencia de la independencia, escaseces, no menos instituciones análogas, que una educación propia del nuevo ser ó vida que la nación acababa de adquirir á tanta costa. Lujo de palabras, frases engañosas, promesas vanas, confusión en los designios, desacierto en los medios; tal ha sido el fugaz sistema de gobierno, que atropellándose unos á otros, desaparecieron todos, sin dejar en pos de sí una sola memoria sólida de utilidad ó beneficencia.

Entré zarzas y abrojos, entre espinos y malezas, ha debido descollar la venenosa planta de la discordia. ¡Ay! ¡cuántos pesares y sustos, cuántos infandos males ha producido á los incautos mexicanos! Aquellos tiempos que lamentaba el primer historiador de Roma, tiempos en que se traspasaron los límites de la paciencia humana, apenas pueden compararse con nuestros días de aflicción y desconsuelo. Cierto es que la monstruosa tiranía de los césares, en especial la del sombrío Tiberio, espanto de las edades, marcó una época de sangre y de horror; pero entonces la autoridad no se ponía en discusión, ni comenzaban sus peligros, hasta que los usurpadores provocaban sobre sí, el enojo del pueblo ó el descontento de las legiones. Aquí, es incesante, es perpétuo el choque de los gobiernos con las masas, y de las masas con los gobiernos, como si no existieran relaciones benévolas y generosas, entre el poder y el súbdito; para el bien y conveniencia de todos.

Largas guerras civiles han agotado, por decirlo así, el entusiasmo que acompaña á la regeneración de los pueblos; y

el frío egoísmo que hace abandonar su suerte al capricho y antojo de un puñado de audaces, aspira á reemplazar aquel sentimiento desinteresado, que es siempre una esperanza y apoyo en las grandes crisis de los Estados. Yo no escaseo, conciudadanos. ¡Ojalá y en esta tierna festividad pudiera apartar de vuestros ojos, un cuadro en que débilmente se bosquejan deplorables desgracias, y para los corazones virtuosos, motivos de arrepentimiento y de dolor profundo!

Dos meses ha que el cañon tronaba en las calles y en las plazas de la opulenta capital. No hemos venido á este ameno sitio, sin notar los escombros y ruinas de magestuosos edificios que hemos podido heredar y no hemos sabido respetar. A vuestro paso, desde el templo de las augustas ceremonias, observáste salpicada de sangre de mexicanos, la carrera, antes de triunfo, ahora de penosas lamentaciones. ¡Ay! ¿por qué se dió luz al desdichado y vida al pueblo que solo siente aflicciones, angustias y estímulos de desesperación? ¿Maldeciré el día del nacimiento de la república? ¿Me atreveré á escocer la noche en que se anunció al universo la nueva de su concepción política? ¡Oh, no! Perdonad, amigos, los extravíos de una imaginación dolorida y agitada por las lúgubres imágenes de estériles, de funestas disensiones. Verdad es que la independencia se ha comprado á espensas de todos los bienes que una sociedad puede apetecer, pero ella es en sí misma un bien tan importante y necesario, que fué digna de la resolución y del sacrificio de una generación entera.

Las naciones, así como los hombres en el curso de su transitoria vida, están sometidas irrevocablemente, á la debilidad de la infancia, al ardor é ilusiones de la juventud, á los vicios reflexivos de la edad madura, á la flaqueza y miseria de la ancianidad. ¿Por qué nos sorprenden y admiran los errores y los infortunios de diez y nueve años de un aprendizaje sin antecedentes, de la inesperienza inevitable de las sociedades modernas? Yo abro las páginas de la historia y me consuelo. La cuna de los pueblos, no es ciertamente el monumento de su gloria.

La sangre de Remo se vertió sobre los cimientos de Ro-

ma: ladrones fueron sus fundadores; los bandidos, los tramosos, crearon la ciudad eterna. Entre sus reyes numeró á Tarquino, á Mario entre sus dictadores, á Caligula entre sus césares, á Alejandro VI entre sus pontífices. Envidiará la república mexicana la nombradía de esa Babilonia del poder y de la razón? Roma, decía el gran papa S. Leon, al tiempo mismo que dominaba á las naciones, era esclava de los errores de todas ellas.

¿Y Grecia? No le disputo el honor de sus Arístides y Fociones; mas me entristecen los recuerdos de la venalidad de su Demóstenes y de los dolos y artificios de su Pisistrato. Las deformidades morales de los pueblos, son como las deformidades del cuerpo humano, argumentos de su pequeñez y vergüenza.

Ni veraces ni filósofos son los escritores, que en el seno de la culta Francia, esageran las pasiones de nuestra juventud, y el escándalo de las revoluciones americanas. Los griegos y los romanos se enseñorearon alternativamente, de esa bella Francia; bárbaros eran los que establecieron en ella la gerarquía militar; no se olvidan los crímenes de los reyes de la primera y de la segunda raza, y *el feroz semblante del tigre coronado, que desde un balcon de su palacio, presidia y alentaba la ejecucion de sus súbditos.* Y el grande atentado del 21 de Enero de 1793, deja de inspirar todavía horror y susto, el odio mas fuerte y pronunciado á los asesinos de Luis XVI? Las ciencias lloran á Lavoisier, á Chenier las musas, los filósofos á Condorcet, á Verniaud los oradores, el secso de los encantos á la hija altiva de los césares y á madama Roland, víctimas todas de una revolucion sanguinaria é insaciable. No soy su enemigo apasionado; pero rehuso su gloria y su ignominia para el suelo que me vió nacer, y pido al Arbitro Supremo de los destinos del mundo, que no se emplen en referir nuestras catástrofes, los sublimes talentos de Thiers ó de Guizot, de Mignet, ó del inspirado y melancólico visconde de Chateaubriand.

Y tambien en aquella grave, sesuda y circunspecta nacion que se llama Inglaterra, el furor de una reina condujo al cadalso á otra reina jóven y hermosa, y el furor del pueblo lle-

vó á un injusto patibulo á su legitimo soberano. La especie humana padece en todos tiempos y lugares las mismas dolencias: una justicia imperiosa demanda que para evitar memorias y contrastes, se compadezca, no se vitupere, á pueblos inespertos que imitan, por desgracia, las faltas y delirios de pueblos mas antiguos.

Si uno, ó mas siglos, se hubiera retardado la independencia de México, las dificultades con que hoy se lucha, los males que se sufren y quizá otros mayores, acompañaria á la empresa, para nosotros mas difícil, pero tambien mas honrosa, porque hemos procurado la felicidad de nuestros hijos sin poder esperar la nuestra. Ahorramos para ellos y para nosotros el participio sangriento en las guerras de la metrópoli, que disputa en los campos de batalla el valor de una pragmática dictada por el primero de los príncipes franceses que subió al trono de Castilla.

El sistema de dominacion no cambiaria para América, ni los principios liberales proclamados en la península española, encontrarían aplicacion en estos criaderos de plata y oro. Cuando mas se nos regalara un monarca de las viejas razas, para que conociéramos de cerca una política de interés y ambicion. Atenas, en medio de sus tempestades republicanas, produjo, durante un siglo, un número mayor de hombres distinguidos en la ciencia de la guerra, en las letras y en las artes, que el imperio de los pérsas desde su origen hasta su destruccion por las huestes de Alejandro. Si algun miserable, fatigado por la situacion melancólica de nuestros negocios, osare proyectar la ereccion de un trono sobre los escombros de la república, entienda que los mexicanos jamas han de sacrificar su independencia civil y política, ni se han de exponer á que levante un cetro de hierro sobre sus cabezas humilladas algun imitador de aquel Nerón, que asesinaba á los romanos porque se atrevieron á ridiculizar sus malos versos, sus juegos en el circo y su espantoso desenfreno. Preferimos, sí, preferimos con placer y gusto, nuestra tormentosa libertad, al quietismo sepulcral de nuestra ominosa servidumbre.

En el gobierno republicano se hallan todos los elementos

para el engrandecimiento y prosperidad de una nacion. Montesquieu coloca el santuario del honor, de la reputacion y de la virtud, en el seno de las repúblicas, y en aquellos países en que se pronuncia con noble orgullo el dulce nombre de la patria. El sistema republicano, es el mas conforme á la igualdad primitiva y á la dignidad de la especie humana, porque en él se desenrollan hasta el mas alto grado, todas las facultades físicas y morales. Como las distinciones no son hereditarias en las repúblicas, cada ciudadano se afana en ellas para fijar la atencion, por sus talentos, por sus servicios ó por sus eminentes virtudes. Aquellos que atribuyen esclusivamente la debilidad al gobierno de la democracia, parece que ignoran el poder y esplendor de Roma en sus buenos tiempos, de Tyro y de Bartavo, de Génova y Holanda de esos Es ados-Unidos de América, que arrebatan de día en día los elogios y tambien la poblacion y la riqueza á las ancianas monarquías de Europa.

No es el ejercicio, sino el olvido de los principios republicanos el que nos ha causado tantos desastres. Si nos separamos del estrecho sendero de la virtud, la república no existe mas que en un fantástico nombre: si la ambicion personal reemplaza al útil deseo de afianzar la prosperidad de la patria, la república es inmolada en las sucias aras de un pequeño ciudadano: si los partidos políticos se colocan en el catálogo de las facciones, la república, cesando de ser señora y soberana de sí misma, obedece á los caprichos y maldades de unos cuantos: si se impiden, ó detienen los progresos de la sana razon, la república, es un caos, es un limbo, sin esperanza de mejora: si los privilegios menoscaban los intereses comunes, la república se convierte en patrimonio de clases exclusivas: si, en fin, no es cada ciudadano un baluarte de la independencia y libertad, un apoyo invencible de los derechos de la nacion, un modelo, mas ó menos perfecto de moralidad política, la república está expuesta á sucumbir, como Roma sucumbió cuando la corrupcion de costumbres allanó los caminos y prestó facilidades á la mas degradante esclavitud.

La revolucion democrática se ha operado en nuestro país, y sus adelantos no pueden evitarse, porque han desapareci-

do todas las barreras que inútilmente levantaron los enemigos de su siglo. La fuerza conservadora de un gobierno no puede ser opresiva, y si él comete el insensato y desapiadado error de luchar con el pueblo, de contrariar sus inclinaciones moderadas y justas, caerá sin remedio, y las masas, sin orden, ni concierto, apelarán á los onnipotentes y destructores recursos de la anarquía, convertida tristemente en sistema de gobierno.

En este momento, gravísima es la responsabilidad de los que están encomendados de dirigir la suerte de esta nacion, flaca y achacosa, que puede morir, y que morirá, si no se emplean grandes esfuerzos para salvarla en su mayor peligro. Desbaratada la antigua sociedad, nos sentamos tranquilamente sobre sus ruinas, y no pensamos en construir otra, en que las creencias no se hallen en pugna con las urgentes necesidades de la época.

¿Dónde, pues, estamos? En una situacion violenta y caprichosa. *La señal infaliblemente característica de que el estado moral declina y se corrompe, es el aumento progresivo de la fuerza de las pasiones, y la disminucion tambien progresiva de la fuerza de los deberes.* La magestad de las leyes se sustituye con el fugaz prestigio de algunos cuerpos y de algunos hombres. Se proclama solemnemente la soberanía del pueblo, y por un contraprincipio el mas monstruoso, se aspira á que no ejerza por sí mismo el mas sagrado é inviolable de sus atributos. Explayo y abro mi pecho en la presencia del supremo magistrado y de los ciudadanos mas notables de la República, porque si se me concede libertad para decir, tengo valor para publicar mis propias convicciones, que son las de las masas, harto instruidas de lo que son y de lo que merecen.

Es fortuna y tambien gloria estraña, que hayamos conservado hasta ahora nuestra trabajosa existencia nacional. Hemos visto pasar y repasar acontecimientos funestísimos, y hemos visto caer y levantar á la nacion en fatigosa lucha con su propio destino. La han asistido los partidarios sinceros de la libertad, que contemplan en ella el origen de las mas útiles virtudes, y el manantial de los mayores bienes.